

EL RECONOCIMIENTO DE CHINA COMUNISTA POR PARTE DE ITALIA

Desde un año a esta parte, las relaciones entre Italia y las dos Chinas han estado caracterizadas por un giro tan imprevisto como peligroso, el cual amenaza con influir sobre el precario equilibrio político en el cual se apoyan las relaciones del Occidente con el mundo asiático.

De hecho, hasta el año pasado, y siendo fiel al compromiso contraído en el seno de la Alianza Atlántica, el Gobierno italiano (incluso cuando era cada vez más impulsado hacia la izquierda gracias al forzado acoso del Partido socialista en su mayoría) sostenía relaciones diplomáticas regulares con China nacionalista. Tales relaciones tenían, en verdad, un carácter de acentuada unilateralidad; pero servían para tranquilizar a las autoridades de Taipeh sobre la actitud de Roma en los afrontamientos del problema chino.

Formosa mantenía en Roma una Embajada regular, cuyo titular era el embajador Yu Tsún Chi, quien, habiendo presentado sus credenciales en 1946, cuando Italia era aún una monarquía, ostentaba (lo mismo que aún ostenta) el título de sub-decano del cuerpo diplomático acreditado cerca del Quirinal.

Por su parte, Italia, después de la extensión de la autoridad comunista sobre toda China continental, había mantenido *sub judice* la cuestión de la representación formal cerca del Gobierno de Formosa, limitándose a volver a confirmar la validez de las relaciones diplomáticas entre los dos países, pero evitando abrir en Taipeh una sede diplomática propia. De hecho, los intereses italianos en Taiwan son siempre tutelados por el Consulado general italiano en Hong Kong.

Completamente regulares son, por el contrario, los lazos entre la Santa Sede y el Gobierno de Chiang Kai Shek. Así se consigue que hoy existan en Italia dos representaciones diplomáticas de China nacionalista: una,

cerca de la Santa Sede, y otra, cerca del Quirinal; representaciones que funcionan regularmente y discretamente activas.

El problema de las dos Chinas había interesado al Gobierno italiano sólo respecto a su calidad de cuestión política al nivel internacional; pero sin ninguna influencia sobre el único hecho positivo y concreto que caracteriza las relaciones de Roma con el agitado mundo chino. Era el de que Italia reconocía a Taiwan sólo *de jure* y se limitaba a tomar acta de la existencia de un segundo Estado chino (la denominada República Popular China), sin que eso tuviese un significado político de ningún género.

El año pasado, es decir, entre el fin de 1964 y el comienzo de 1965, esta situación de hecho cambió inesperadamente. Fué anunciado casi de repente que Italia había estipulado un acuerdo con China comunista; acuerdo por el cual se habría abierto en Pekín una oficina del Instituto Nacional para el Comercio Exterior (I. C. E.); es decir, el organismo gubernativo encargado de activar los intercambios con el exterior, mientras en Roma habría comenzado a funcionar una sede de la entidad correspondiente chino-comunista: el Consejo para el Desarrollo del Comercio Internacional.

El episodio suscitó quejas notables y ásperas polémicas, incluso porque precisamente aquellos días estaba en gestación un cambio de guardia en la cumbre del I. C. E., cambio que debía llevar (como en efecto ha llevado) a la presidencia del Instituto al profesor Antigono Donati, el cual había sido diputado hasta 1953. Dicho Frente fué la alianza electoral estipulada en 1948 entre comunistas y socialistas.

De todos modos, aquel episodio podría ser interpretado como el deseo del Gobierno italiano de ampliar las relaciones comerciales con China, no sólo respecto a Taiwan, que ofrecía un campo de acción muy limitado, sino con Pekín, para evitar que otras naciones se le adelantasen en un mercado que parecía rico en perspectivas.

Pero una serie de episodios ulteriores, que a pesar de ser marginales tenían un significado preciso, dieron al hecho un carácter delicadamente político. El comienzo fué que junto a la apertura de dos sedes comerciales, Italia y China comunista convinieron en la institución, respectivamente en Roma y en Pekín, de dos agencias de prensa oficiales u oficiosas italiana y china: la A. N. S. A. y la "Nueva China". Después, la institución de una sede romana del Consejo chino para el Desarrollo del Comercio Internacional originó la llegada a Italia de un número absolutamente desproporcio-

nado de funcionarios; número acaso apropiado para una representación diplomática, pero no para una comercial.

Los chinos comunistas han trabajado en Italia pronto y bien. Frente al ausentismo casi total de las representaciones chino-nacionalistas, durante los meses transcurridos entre la firma del acuerdo comercial entre Roma y Pekín hoy hemos tenido las visitas de continuas delegaciones procedentes de la China de Mao, las cuales han concertado acuerdos ventajosos con los más importantes consorcios italianos (Fiat, Montecatini, Nuovo Pignone, etc.).

La labor que la delegación de Mao Tse Tung desarrolla en Italia es poderosa. En la enorme y acondicionadísima "villa" que tiene su sede en la discreta Via Cassia, funciona, no una simple organización comercial, sino una verdadera y propia embajada "de facto", que valiéndose de la cobertura de los pasaportes diplomáticos de que están provistos sus miembros, entabla contactos y enlaza relaciones en todos los niveles (culturales, sociales, políticos, económicos), desenvolviendo una sutil e insidiosa acción de penetración.

En este movimiento, los chino-comunistas son flanqueados por el frente italiano marxista-leninista. En nuestro país, estos disidentes del Partido comunista, empeñados en posiciones "antirrevisionistas", no son muchos, pero bastante influyentes y políticamente calificados.

Una pseudo asociación cultural de amigos de China comunista es quizá la organización más articulada bajo su perfil estructural. Dispone de una revista (*China de hoy*) y tiene ciertamente más de 30.000 inscritos. Junto a ella funciona un movimiento análogo, acentuadamente político, que no está articulado como un partido, pero comprende una serie de núcleos y centros ex afiliados al partido comunista oficial, y salidos de él por la polémica contra la actitud revisionista adoptada después de las decisiones del XX Congreso del P. C. U. S.

Los marxistas-leninistas italianos, que probablemente se constituirán muy pronto en partido autónomo, disponen de un diario (*Nuova Unita*) y de una casa editorial ("Edizioni Oriente"), que publica todas las obras de Mao Tse Tung y los mayores teóricos del leninismo. Disponen, además, de una serie infinita de periodiquitos, pequeñas publicaciones, etc. En resumen, están difundidos minuciosamente en toda Italia.

Su acción ha recibido un impulso inmenso después de la institución de una delegación comercial chino-comunista en Roma; a la vez que el movimiento en favor del reconocimiento de la China de Pekín por parte de

Italia, ha recibido nuevo vigor, y tiene sus mayores sostenedores precisamente entre los marxistas-leninistas.

Naturalmente, si bajo el perfil propagandístico la acción de los antirrevisionistas es ruidosa y bastante heterogénea, lo es menos desde el punto de vista de la validez de las iniciativas. Por tanto, si el reconocimiento de Pekín dependiese sólo de ellos, tendría escasas posibilidades de éxito. El hecho que suscita mayor preocupación es el de que sobre la oportunidad de romper las relaciones con Taiwan, y establecer con Pekín otras relaciones de nivel diplomático, están de acuerdo todas las izquierdas, y sobre todo los comunistas oficiales, aunque estén separados de los leninistas en el aspecto ideológico.

A favor de la China de Mao Tse Tung se han alineado el Partido comunista, el Partido socialista, el Partido socialista de unidad proletaria, muchos sectores de izquierda de la democracia cristiana y vastas capas sociales-democráticas. En sustancia, en torno a este movimiento, que una vez lanzado tendrá repercusiones totalmente negativas para todo Occidente, se ha constituido un verdadero y propio "frente popular" que va desde los comunistas oficiales hasta los católicos de izquierda.

La acción que desarrolla la China nacionalista para contrarrestar esta tendencia, es lenta y fatigosa. Taiwan sólo puede contraponer a Pekín unos mercados limitados, y la validez de las tesis antimarxistas. Pekín, por el contrario, está literalmente invadiendo los mercados italianos y actuando sobre ellos con medios propagandísticos inmensos. Además, usa sistemas que para cualquier buen hombre de negocios tienen mayor valor que cualquier consideración política. Ante todo, pagan en oro cuanto compran; después muestran extrema seriedad en sus relaciones, y dan pruebas de grande y constante actividad; y por último, ofrecen a la industria y al comercio italiano condiciones de excepcional favor.

Aquello que está detrás de esta fachada dorada no es difícil de ver. Pasada la primera oleada de entusiasmo, el comercio italo-chino se estancará ampliamente, como ha sucedido con Francia, que en vez de importar de Pekín productos útiles, está introduciendo en sus mercados sólo mercancías bastante peligrosas para el mundo libre: toneladas de opúsculos propagandísticos, periódicos, agitadores de profesión, técnicos de la guerra psicológica, etc.

El comercio italiano ha tenido ya las primeras desilusiones en sus relaciones con este nuevo mercado. De estos días es una polémica bastante ás-

pera sobre la importación de carnes de ganado cerda compradas a China a pesar de las negativas garantías sanitarias. Pero otras desilusiones vendrán a continuación.

Por otra parte, el motivo por el cual Pekín ha mostrado tanta urgencia para la expansión y el desbordamiento de sus relaciones comerciales con Italia (un mercado que en fin de cuentas no ofrece ningún interés para China) está claro, Italia es un pedestal de lanzamiento extremadamente útil y manejable para el control de vastas zonas africanas. Una vez saturado el mercado italiano (bien o mal, con productos útiles o inútiles), Pekín habrá trazado la ruta que conducirá la marea amarilla a desbordarse tranquilamente sobre el Mediterráneo y a penetrar el continente africano. El continente que Rusia le disputa palmo a palmo desde una nueva rampa de lanzamiento: la península italiana.

La intensa acción que el movimiento marxista-leninista italiano (una corriente poco organizada y de escaso peso respecto a su perfil estructural) está desarrollando estos días, es sintomática. Tiende a narcotizar la opinión pública italiana, a adormecer las sospechas, a presentar la China de Mao Tse Tung como la única entidad viva y concreta del continente chino, y a mortificar a Formosa con un silencio despreciativo, hecho de insultos y calumnias. Tiende, sobre todo, a flanquear la obra que la delegación comercial chino-comunista está haciendo con suma habilidad en todo el país.

La oposición que los sectores más atentos y sensibles hacen a esta guerra psicológica y de mercados, encuentra dificultades cada vez más considerables. Algunos ambientes industriales ven con favor la apertura de las fronteras comerciales con China, considerando que esto valdrá para superar la actual fase problemática desfavorable que actúa sobre la economía italiana, sin valorar los resultados positivos o negativos de orden político o comercial, que pueden derivarse de una cooperación de este género.

Los ambientes políticos ya citados, son hostiles al mantenimiento del "statu quo", por las razones adoptadas sobre ellos.

Por otra parte, en las esferas oficiales se abre camino de día en día la convicción de que va a ser inminente la vuelta al revés en las relaciones entre el Occidente y el mundo chino. A esto han contribuido el reconocimiento de China por parte de París, la apertura cada vez más favorable que Pekín hace sobre el plano comercial al Occidente, y sobre todo la idea de que una normalización en la situación china podrá tener consecuencias relevantes en el equilibrio mundial.

El número de las representaciones diplomáticas de China comunista en Europa crece continuamente. Las más activas son ciertamente las de Berna y París; pero también hace su labor la delegación comercial instituida en Roma. Ahora, frente a este alud de iniciativas (políticas, sociales, culturales, económicas) que Pekín ha derramado sobre nuestro continente, las esferas gubernativas italianas se han quedado perplejas. Y hoy comienzan a temer quedarse aisladas, si la idea del reconocimientos se abriese rápidamente camino, y por tanto conquistase otros países hasta ahora alineados en posiciones rígidamente filo-occidentales y filo-nacionalistas.

En fin de cuentas (aparte España), entre las naciones que tienen cierto peso en el área europea, sólo Italia y Alemania Federal continúan permaneciendo fieles a las alianzas anticomunistas, y reconociendo la China de Chiang Kai Shek como la única legítima. Aparte Suiza y otros países de escasa eventualidad, con la nueva dirección política dada por De Gaulle a la política parisién, la alineación de Francia con las posiciones ya ocupadas por Gran Bretaña ha dado un grave golpe a la solidaridad de Occidente respecto a Taiwan. Así, pues, en la práctica, el precario equilibrio existente hoy en Europa en el tema del reconocimiento de Pekín podría ser resuelto de un momento a otro.

Las presiones siempre más fuertes que vastos sectores de la izquierda realizan sobre el Gobierno, ya de por sí suficientemente debilitado por el ingreso de los socialistas en el área del poder, se agravan de un modo no indiferente sobre la actitud oficial de Italia.

El reconocimiento de China comunista por parte de Roma, está, pues, en el ambiente. Esto se advierte si se considera como la consecuencia lógica del corrimiento a la izquierda del eje político italiano. En cuanto a las consecuencias que tendrá tal gesto, la mayoría no se preocupa de ello. Demasiado graves son por ahora los problemas internos que debe afrontar el precario acuerdo entre católicos y marxistas, para que la atención de las esferas oficiales se vuelva a un hecho estrechamente circunstancial.

FRANCESCO LEONI.